

CAPITULO XLVIII.

Donde se ve lo que Ovando queria y lo que no queria.



ERIA Ovando que, abandonado Colon á sus propias fuerzas, solo habria conseguido ver perecer sus carabelas á impulso de las olas.

Si el mar no destruia sus embarcaciones, suponía que por una parte los desengaños que habia recibido el ilustre marino, sus enfermedades, su desaliento, y por otra la conducta de algunos de sus tripulantes, personas que á su lado habian puesto sus enemigos, acabarian con su vida.

La gloria del gran hombre, aunque velada por la sombra de la desgracia, brillaba lo bastante para que el demonio de la envidia aguijonease à sus adversarios.

Acaso consistia su encarnizamiento en ese despecho que hace experimentar la conciencia á los que no pueden ocultar que han cometido alguna villanía contra un hombre superior á ellos por su talento y sus virtudes.

El deseo hacia creer á Ovando, como hemos indicado, que habrian fracasado por completo los proyectos del almirante.

Hacia ya mucho tiempo que las carabelas de Colon se habian alejado de la costa de Santo Domingo, y aunque se habian salvado de la espantosa tempestad que produjo la destruccion de la brillante flota que, cargada de tesoros, enviaba á España el nuevo jefe de la colonia, sabia que habia tomado un derrotero desconocido, y cuando no habia vuelto ó en-

viado siquiera algun emisario, era señal segura de que habia perecido con todos los que le acompañaban.

En medio de las tribulaciones que sufría, le sonreía esta idea.

Era, en efecto, el único consuelo que mitigaba lo horrible de su situación.

La colonia era una verdadera caja de Pandora.

Los indios habian aprendido la astucia de los españoles, y conociendo lo ominoso del yugo que pesaba sobre ellos, la empleaban con éxito siempre que podian.

Los colonos, compuestos en su mayor parte de la chusma, porque los hombres de bien, escasos por cierto, habian regresado á España ó habian sucumbido bajo el peso de sus desdichas—siguiendo el ejemplo de Bobadilla y de Ovando, impulsados por la codicia, sin más ley ni más religion que el lucro, fundaban la más odiosa de las esclavitudes con los infelices indios, desconocian toda autoridad, se rebelaban descaradamente contra las prescripciones de su gobernador, que solo los hallaba prontos á obedecerle cuando se trataba de ayudarle á cometer alguna infamia.

Para divertirlos, necesitaba de cuando en cuando ofrecerles el inícuo espectáculo de una hecatombe.

La más leve falta, el más infundado pretexto bastaba para que aquel hombre taimado ahorcase à unos cuantos indios, y este espectáculo y las lágrimas de sus esposas y de sus hijos, eran una de las diversiones favoritas, uno de los goces más gratos de aquellos desalmados.

Este estado de cosas le hacia sufrir.

Los malvados adoptan todos los medios, por infames que sean, para llegar al fin que se proponen.

Ignoran que la Providencia es justa y que hace que las armas se vuelvan contra los mismos que las emplean.

Los que habian ayudado á Bobadilla á mortificar á Colon, fueron los primeros que se colocaron al lado de Ovando para destruir á Bobadilla.

Aquellos mismos hombres, no pudiendo sustituir á su último jefe, se complacian en tratarle como á un esclavo.

Todo esto le mortificaba; temia que su conducta hiciese buena la de Colon á los ojos de los españoles, y por eso le halagaba la idea de que hubiera perecido el almirante.

La llegada de Diego Mendez fué para él un horrible desengaño.

Al anunciarle, le dijeron que deseaba verle uno de los marineros que habian acompañado à Cristóbal Colon.

—¿Dónde ha desembarcado? preguntó.

—Cerca de Hayna.

—¿Quién le acompaña?

—Uno de los peones de Miguel Diaz.

—Pero al llegar á Hayna, ¿quién iba con él?

—Solo un indio.

—¿Un indio! . . . ¿No ha llegado al puerto en alguna carabela?

—Los dos llegaron á nado.

Una sonrisa brilló en los labios del gobernador?

—Que pase al punto, dijo.

Y Diego Mendez no tardó en hallarse en su presencia.

Ovando deseaba preguntarle si aún vivia Colon, pero temia una respuesta afirmativa.

En vez de demostrarle su ansiedad, se encerró en la mayor reserva.

—¿Quién sois? dijo á Diego Mendez.

—En este momento, un enviado del muy ilustre señor don Cristóbal Colon, almirante de las Indias.

Esta respuesta, que implicaba la existencia de Colon, irritó á Ovando.

Con ceguedad añadió:

—No reconozco en Colon más títulos que los que á la consideracion pública tienen los que han encanecido en el servicio de sus reyes.

Mendez conoció que en aquellos momentos necesitaba más diplomacia que arrogancia, y procuró llevar la conversacion á otro terreno.

—Si me lo permitís, le dijo, desempeñaré la mision que cerca de vos me ha confiado mi señor y dueño.

—Responded ántes á mis preguntas.

—Como gustéis.

—¿Ibais á bordo cuando Colon llegó á Santo Domingo à pedirme buques con que reemplazar los suyos?

—Le he acompañado desde que salió de España para emprender su cuarto viaje.

—Y al proseguir su viaje, ¿dónde fuisteis?

—En busca de un estrecho.

—¿Y lo habeis encontrado?

—Hemos hallado algo que vale más.

—¿Qué habeis hallado?

—Permitidme que no responda á esa pregunta.

—¿Por qué razon?

—No estoy autorizado para ello.

—¿Quién os ha de autorizar entónces?

—Mi jefe . . . el ilustre Colon.

—¿Acaso vive?

—Vive, y la realizacion de sus esperanzas ha aplacado sus males y ha rejuvenecido su espíritu.

Ovando se mordió los labios.

La ira que sentia en el pecho parecia ahogarle.

—Contando con vuestra lealtad hácia nuestros augustos monarcas, me envía á pedir os auxilio.

—¿Auxilio? exclamó Ovando asombrado, ¿pues no decís que ha realizado sus esperanzas?

—Ha descubierto el país donde se cria en las entrañas de la tierra el mejor oro del mundo; pero al volver á España á comunicar tan fausta noticia á los reyes, los temporales que hemos sufrido han destruido los buques, y para sobrevivir á tantos desastres, se ha visto el almirante precisado á buscar una costa segura, á unir por medio de fuertes barrotes las dos únicas carabelas que nos han quedado, y en este estado aguarda á que le socorrais.

—¿Dónde decís que está?

—Muy léjos de aquí. en la costa de la Jamáica.

—¿Y no teneis más que dos carabelas?

—Decid mejor almadías. no pueden navegar.

—¿Entónces cómo habeis llegado hasta Santo Domingo?

—Teníamos una canoa, y salí en ella con algunos indios y un español.

—¿En tan endeble tabla os atrevisteis á atravesar el Océano?

—El deber y el amor que profeso á los reyes, y á su almirante en estos mares, me incitó á acometer tan árdua empresa.

—¿Sois arrojado! dijo Ovando, fijando en él una mirada escudriñadora.

—¡Soy leal! contestó Diego Mendez con entereza.

—Pero, según mis noticias, no habeis llegado á la costa en la canoa.

—No, dijo Mendez; en medio de la travesía nos sorprendió una horrible tempestad, la navecilla se sumergió en el agua, perecieron mis compañeros, y solo pudimos salvarnos á nado un indio y yo. Ahora bien: ya sabeis el objeto de mi venida. Colón, enviado por los reyes, nuestros augustos soberanos, á enriquecer sus dominios con nuevos territorios,

ha realizado su dorado sueño, puede ofrecer á su patria adoptiva una de las más grandes conquistas, pero necesita buques para regresar á España, y yo en su nombre vengo á solicitarlos.

—¿Venís acreditado formalmente?

—Os traigo una comunicacion firmada de su puño y letra, y sellada con un sello.

—Dádmela.

—Héla aquí, dijo Mendez, entregándole un pliego cerrado. Ovando vió otro pliego.

—¿Y esa comunicacion, le preguntó, para quién es?

—Para sus majestades.

—En ese caso dádmela tambien, para enviarla en la primera carabela que parta á España.

—He de entregarla yo mismo en sus propias manos.

—¿Cuándo?

—Cuando Dios quiera: mi deseo es obtener vuestra vènia para partir en el primer buque que se dé á la vela.

Ovando concibió en aquel instante un proyecto.

—¡Está bien! le dijo.

—¿Puedo saber, preguntó Mendez, cuál es vuestra resolucion?

—Por de pronto rogaros que admitais para albergaros una habitacion en mi palacio.

—¿Pero enviareis al almirante los buques que necesita?

—No seais tan impaciente: descansad ahora, dejadme que haga los honores al intrépido nadador, y despues hablaremos.

—Pero. . . .

Ovando no le dejó continuar.

Llamó á uno de sus pajes y le dijo:

—Dad una buena habitacion en mi casa al muy leal servidor don Diego Mendez; y vos, añadió, dirigiéndose al soldado, seguid al paje, y hasta mañana. . . .

Mendez creyó que Ovando, al saber el triunfo que habia alcanzado Colon, le auxiliaria para congratularse con él.

Se despidió del gobernador y siguió al paje.

Ovando mandó llamar al indio que habia acompañado á Mendez.

El indio no tardó en acudir.

Era Albigo, el que habia querido acompañar á Colon la primera vez que desembarcó en las costas de la Jamáica.

Reclamado por los suyos, habia vuelto á su patria; pero al ver de nuevo á los españoles, al saber el proyecto de Mendez, quiso acompañarle.

Ovando le recibió con las mayores muestras de amabilidad.

--Estás en mi poder, le dijo; pero no quiero que formes mala idea de mí. ¿Eres adicto á los españoles?

--Sí, contestó el indio.

--¿Y por consiguiente á sus reyes?

--Soy su esclavo.

--Lo que quiere decir que si te diesen una orden la cumplirias.

--Sí.

--¿Aunque tuvieses que sacrificar tu vida?

El indio miró á Ovando, como dándole á entender que su vida era poco.

--¿Sabeis quién soy? añadió Ovando.

--Sois el jefe de los blancos.

--Soy aquí el representante de mis reyes, el que recibe directamente de los soberanos las órdenes que éstos quieren transmitirle. Si yo en su nombre te mandase algo, ¿me obedecerias tambien?

--Con alma y vida.

--Pues bien: has de saber que yo me fio más de tí que de ningun otro, y por esa razon voy á confiarte una mision muy

delicada. Tú me has dicho que sacrificarias con gusto tu vida por servir á los reyes. No te exijo tanto.

--Pedid lo que querais.

--¿Desearias ir á España y ser presentado á los soberanos?

--Es mi mayor deseo.

--Pues bien: te se presenta una ocasion de realizar ese afan, que he conocido tienes desde hace tiempo. Hé aquí lo que has de hacer para realizar tu deseo.

El indio se adelantó maquinalmente hácia Ovando para no perder una sola palabra de las que iba á pronunciar.

El gobernador, por su parte, satisfecho al ver las buenas condiciones en que se hallaba el indio para realizar el infame proyecto que habia concebido, no pudo contener la satisfaccion que experimentaba, y habló de esta manera á su interlocutor:

--El almirante Cristóbal Colon te ha enviado en compañía de Diego Mendez para traerme una carta y llevar otra á los reyes de España, dándoles cuenta de los últimos descubrimientos que ha hecho en su viaje por las costas de la Jamáica. Yo no sé por qué me figuro que no es toda adhesion en Diego Mendez hácia el almirante.

El indio, que habia sido testigo de las pruebas hechas por Diego Mendez para demostrar á Colon su lealtad, significó en una mirada el asombro que producian en él las sospechas de Ovando.

No pasó desapercibida para el gobernador esta expresion de asombro, y cambiando de táctica, le dijo:

--Voy á ser franco contigo. No es que dude de la lealtad de Mendez, pero tengo más confianza en tí y desearia que la carta que guarda en su poder para presentarla á los reyes la llevases tú con otra mia, en la que diria á sus majestades que premiasen tus servicios con su acostumbrada esplendidez.

—Sí, exclamó el indio ébrio de gozo; eso me agradaría en extremo. Desde que llegaron los blancos por primera vez á las costas de mi patria, oí llamarlos hijos del cielo y se despertó en mi alma el deseo de acompañarlos, de ver su país, de adorar á sus reyes. Por realizarlo ahora no hay sacrificio que no arrastre.

—Pues bien: Mendez desea como tú ir á España, presentar á los reyes la carta del almirante, recibir sus plácemes y obtener el premio al portador de tan buenas noticias. Pero yo desearia enviarle al mando de los buques que me ha pedido Colon, porque no tengo un capitán más diestro que él, ni creo hallar entre todos los españoles que están á mis órdenes uno más adicto á la persona de Colon.

—Sí, sí, dijo el indio, mostrando una gran alegría al ver que Ovando hacia justicia á los nobles sentimientos de Diego Mendez.

—Pero es preciso, continuó el gobernador, que tú, valido de la confianza que inspiras al enviado de Cristóbal Colon, te apoderes, sin que él se aperciba de ello, del pliego que tiene en su poder para los reyes.

—¿Yo?

—Nada más fácil.

—¡Oh, no por cierto!

—¿Dudas?

—¡Cometer semejante felonía!

—Nada tiene de extraño.

—Diego Mendez es un valiente.

—Lo que conozco como tú.

—Me ha salvado la vida.

—No te exijo yo que olvides la gratitud que le debes; pero como se trata pura y simplemente de hacer un servicio á Colon y de facilitarle así los medios de realizar un deseo vehe-

mente, que en vez de perjudicarte te honra, porque evidencia tu lealtad hácia los monarcas de Castilla, el plan que te propongo nada tiene de censurable. Mendez creerá, si tú te apoderas del pliego con habilidad, que lo ha perdido; yo le instigaré entónces á que parta con los navíos á las costas en donde espera ansioso su llegada el almirante, y para cuando él pueda hallarse en disposicion de ir con su mismo jefe á España, tú habras llevado la noticia de los descubrimientos y habrás obtenido el premio. . . . Mendez te agradecerá entónces eso que tú llamas felonía.

Ovando calló un momento para aguardar la respuesta del indio.

Este luchaba entre el deseo y el deber; pero como el deseo es el gran argumentador de la conveniencia, disminuyó á sus ojos las proporciones del acto que le incitaba á cometer Ovando, y cayó en la red que le tendió el astuto gobernador.

—¿Qué resuelves? dijo éste, despues de un momento de silencio, como para dar lugar al indio á decidirse á una cosa ú otra, puesto que se hallaba perplejo, irresoluto.

—Que estoy dispuesto á obedeceros, contestó el indio resueltamente.

—En ese caso, voy á prepararlo todo. Espérame un instante aquí.

Y Ovando salió de la estancia, dejando al indio encerrado en ella.

Vamos á conocer á fondo el pensamiento del encarnizado enemigo de Colon.